



8

BREVES NOTICIAS

DE DOS

ILUSTRES MÁRTIRES

GUIPUZCOANOS





BREVES NOTICIAS

DEL

V. P. DOMINGO DE ERQUICIA

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Y DEL

V. P. JULIAN DE LIZARDI

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

ILUSTRES MÁRTIRES GUIPUZCOANOS



FLORENCIA

IMPRESA DE LA PURISIMA CONCEPCION
de Rafael Ricci

1876



ADVERTENCIA



Se ha creído conveniente publicar estas breves noticias de dos ilustres héroes de la Religion para edificacion de los fieles y renovar en Guipúzcoa la memoria de tan esclarecidos varones, que defendiendo la fé de sus mayores concurrieron tan felizmente á la gloria de su patria.



VEN. PADRE DOMINGO DE ERQUICIA

En el populosísimo Reino del Japon por los años de 1632 y 1633 iba la persecucion creciendo tanto, que puede competir con la mas apretada que tuvo la primitiva Iglesia, y especialmente fueron grandemente buscados y acosados los ministros del santo Evangelio, y aun casi acabados. Entre los que en esta ocasion padecieron glorioso Martirio fué uno el Padre Fray Domingo de Erquicia, de la orden de Santo Domingo, natural de la villa de Regil en Guipúzcoa. Viendo la Provincia del Santísimo Rosario las grandes necesidades de operarios evangélicos de aquel Reino, envió en 1623 varios religiosos desde Filipinas, entre ellos el P. Erquicia, de muy aventajado entendimiento, muy habil, y el que en aquel tiempo era el principal predi-

cadór en Manila. Tuvieron muchos trabajos en el camino, y los refiere el mismo Padre en una carta que, luego que llegó al Japon, escribió al P. Provincial, en que dice así:

« Luego como salimos de Babuyanes comenzó el navío en que íbamos á hacer mucha agua, la cual creció con un récio temporal que nos dió junto á las Islas de los Lequíos, y uno y otro nos obligó á volver la proa al puerto de donde habíamos salido; pero fué Dios servido, dentro de media hora, como volvimos la proa, de sosegar el mar y darnos buen viento, con que pudimos descubrir por donde hacía agua el navío y remediarlo algo, y proseguir nuestro viaje. Pero no pasaron muchos dias cuando nos cargó otro tiempo mucho mas récio que el pasado, y por la prisa que nos obligó á tomar la costa de China en una punta que llaman de Sombor, tomamos allí punto para hacer agua y leña de que íbamos ya faltos, y hallamos allí agua, pero no leña, que no habia ni un solo arbol en aquella tierra, ni en muchas islas allí vecinas; remediónos Dios desparándonos sus dueños: andábase sobre aguada al amor del agua; y ella nos le hizo en traérnosla á bordo de nuestro navío: metímosla dentro, é hicimosla rajas, con que quedamos ya proveidos de leña. Para hacer

algun matalotaje el dia siguiente nos metimos mas adentro en busca de alguna poblacion donde poder hacerle, calmónos de todo el viento, y no hallamos fondo donde poder surgir y las corrientes eran grandes, y quedamos á beneficio solo de ellas, que nos traían á donde y como querian. Sobrevinónos luego á este trabajo otro, y fué que vino una armada de Chinos sobre nosotros en navíos de remo, como galeotas, y se nos fué acercando disparando algunas piezezuelas; disparó un marinero nuestro contra ellos una que llevábamos allí en el navío que reventó y quebróle á él la cabeza sin ofenderlos á ellos. Proveyónos Dios en aquella ocasion de un poco de viento con que los dejamos á ellos por popa, y aquellas islas, aunque al salir de ellas estuvimos casi varados sobre una peña; á Dios misericordia! y hízola con nosotros sacándonos de allí, corrimos toda la tarde y al anochecer dimos con otras islas mas apartadas y despobladas; nos metieron las corrientes por entre ellas, que tenian mas fuerza que el viento que llevábamos.

« Volvió allí la armada de los Chinos sobre nosotros, y viniéronsenos arrimando hasta que les pudimos hablar y ellos oirnos, y dijimosles que éramos gente de paz de Ma-



niña que íbamos al Japon, que el tiempo contrario nos habia traído allí, y no se aseguraron; antes pareciéndoles el navío de fuerza salieron otros suyos que estaban encubiertos con la tierra, á quererle abordar (al parecer) y viendo esto nuestra gente tomaron sus armas para defenderse. Tomó un marinero un mosquete, echóle dos balas dentro sobre su carga de pólvora y púsole sobre cubierta por acudir á marear una vela, que lo mandaba el piloto, prendió allí fuego el mosquete (no se sabe como) y dieron ambas balas en una pierna del P. Fray Diego de Ribera, y encancerósele dentro de veinticuatro horas por falta de medicamentos, y cortáronsela, de que al fin murió, dejándonos á todos con suma tristeza por la falta que tal hombre nos habia de hacer; pero por otra parte nos dió grandísimo consuelo ver la paciencia que tuvo, la conformidad con la voluntad de Dios, el ánimo con que murió, como hombre al fin en vida y en muerte todo entregado á Dios. Apenas habia espirado cuando nos envió Dios buen viento, que parece estuvo esperando á que fuese allá á verle para enviarnosle por su respeto é intercesion, y durónos hasta que dimos vista á unas islas que estan cerca de este reino, y allí viento contrario, y queriendo el piloto dar vela en

popa de vuelta á la China, contra su intento nos llevó Dios al Reino de Satzuma, en donde tomamos puerto á 19 de Junio 1623.

« El dia siguiente saltamos en tierra el piloto y yo, y fuimos á la ciudad de Cangoxima, que es donde reside el trono, aunque el Presidente está en la Corte del Emperador; allí nos dieron tales nuevas, que no nos podiamos prometer ningun buen suceso. Presentámonos á los Gobernadores y nos mandaron que luego al punto nos partiésemos para Nangasaqui con el navío, y replicándonos que no estaba el navío para eso, que hacía mucha agua, nos mandaron que las personas y haciendas fuesen allá en Funcas, que son las embarcaciones de remo de aquella tierra, y se quedase allí nuestro navío, y para esto nos dieron una carta para Gourrocu, Gobernador de Nangasaqui. Con este mal despacho volvimos al Puerto á buscar algo en el navío que darles de presente, al uso de la tierra, eran ellos seis y nuestra pobreza grande; juntamos pues de unos y de otros lo que pudimos allí de algun valor y fuimos á ofrecérselo, y parece que les trocó Dios los corazones; nos pidieron la carta que nos habian dado para Gourrocu, diciéndonos que le querian escribir otra mas en nuestro favor y así lo hicieron, que el pi-



loto la llevó á Nangasaqui, y negoció bien, pues sacó licencia para estarnos allí. Los que no temian ser conocidos por malhechores (digo por Religiosos que son allí tenidos por tales) fueron á Nangasaqui con sus haciendas; mis compañeros y yo nos quedamos en el navío con el Piloto y marineros.

« Yo he andado yendo y viniendo á Cangoxima negociando lo que hemos menester, y á 24 de Setiembre me llegué á Nangasaqui, á ver si daba con alguno de los nuestros, y ví á uno y estuve con él tratando nuestro negocio tres noches en diferentes casas cada una de ellas, y luego me volví á Satzuma, adonde despues de muchas demandas y respuestas en razon de que á mi me traian los Gobernadores por Capitan de navío; y así no me querian dar suelta hasta que se pagasen los derechos de él, por haber entrado en aquel puerto, y pararon en que el Piloto quedase á pagarlos, y yo le fiase como se hizo: al fin me dieron licencia á mí y á mis camaradas para poder nos ir á Nangasaqui. Embarcámos en una Funca y porque no nos faltasen trabajos nos vimos de repente anegados una noche por ocasion de haberse desclavado una tabla de ella. Proveyó Dios que iba otra delante, hicimosle señas con fuego y dimos voces,

volvió á socorrernos y así escapamos de aquel peligro.

« A 14 de Octubre llegamos á Nangasaqui; luego á 16 salieron mis dos compañeros guiados de otro antiguo en la tierra á una Aldea á aprender la lengua, y yo quedé allí solo para ir á otra á lo mismo; pero el dia siguiente no faltó quien diese soplo de mi, que era de los comprendidos en el bando del Emperador, y de la casa donde estaba sali de ella antes que me prendiesen el cuerpo y me anduve paseando por las calles con mi capa y espada sin que persona alguna me hablase palabra: al otro dia salí á la Aldea donde estoy aprendiendo lengua. Esto es lo que toca á nuestro viaje ». Hasta aquí su carta.

A pocos dias de haber llegado al Japon se reunió con otro Religioso de la misma orden que estaba de residencia en una Aldea, y lo primero que hizo fué dedicarse con diligencia al estudio de la lengua, y tan pronto como pudo empezó á desplegar su ardiente celo entre aquellos cristianos visitando los enfermos, oiendo las confesiones, exhortándolos y animándolos á todos á la constancia y perseverancia en la fé.

En otra carta suya fecha 5 de marzo de 1624 dice: « Aquí se hacen mil diligen-



cias cada dia para coger á alguno de nosotros, y así andamos siempre á sombra de tejados. El modo que aquí tenemos es este: en anocheciendo salimos de la casa á donde hemos estado de dia para irnos á otra, porque en ninguna podemos estar mas de una noche. Confesamos luego á los enfermos que nos avisan, tras esto de camino en alguna casa se juntan nuestros Cristianos, y allí los confesamos hasta que quieran cerrar las puertas de las calles que será como á las diez de la noche. A esta hora nos recogemos á la casa á donde hemos de pasar la noche, y el dia siguiente allí confesamos á los que acuden para haber de comulgar, en que tardamos hasta mas de las doce comunmente. Despues de dia confesamos la gente de casa y algunos muy conocidos del Casero; porque no se atreven á meter mucha gente en casa por el rigor de la persecucion que anda contra ellos. En estas ocupaciones pasamos la noche y el dia con mil sobresaltos de ser presos, porque no tenemos hora segura.

« La noche siguiente volvemos á salir á nuestra tarea, y á veces con muy grande frio y nieves; que este año como yo estaba hecho á los calores de Filipinas lo he sentido mucho, y no es posible menos, antes en algunas ocasiones damos gracias á Dios cuando hace

mal tiempo, porque entonces hacemos mayores lances, como pescadores á rio revuelto, atrevémonos entonces á andar caminos de dia, porque no estan ellos para que los anden otros, y así antes de la Cuaresma que me vine aquí á Nangasaqui anduve cuatro leguas una tarde por el camino pasajero con nieve y granizo, pasando arroyos que estaban muy frios, y muchos malos pasos á pié y con harto trabajo. Cuando llegué á la posada cansado, molido y mojado, aunque me recibieron con agrado me dieron de colacion solo un poco de pan y vino, por ser dia de ayuno de nuestra Constitucion, y los Padres nuestros antecesores tenian asentado esto de no quebrantar los tales ayunos, aunque anduviesen camino, y enseñándolo así á sus caseros; y lo mismo es en materia de no comer carne, y así nunca le sirven á nuestros frailes. etc. »

Fué el P. Erquicia maravilloso en el ministerio de aquella affligida Iglesia; estuvo en aquel Reino ocupado en la salud de las almas diez años, y todos ellos fueron de tormenta grande contra la fè, sin un dia tan solo de bonanza, antes creciendo esta borrasca tanto por dias y por horas, que ya á aquella navecita de aquella pequeña Iglesia le ha llegado la agua hasta la cubierta mas alta que



parece se sustenta ya de milagro. El santo varon Fray Domingo de Erquicia como buen piloto tan lejos estaba de dormirse en esta tormenta, que en la mayor furia de ella corria él varias veces todo el Reino acudiendo á todas partes, y á los mas necesitados con mas cuidado, á donde no podia por sí, por alguno de suo compañeros, como Prelado que era de ellos y Padre de todos y aun de los ministros de otras Religiones, que tenian sus consejos por oráculos y los cristianos Japones le oían como á un San Pablo, como lo era en el oficio, en el celo, en los trabajos y peligros de mar y tierra que pasó, y en las persecuciones que contra él en particular armaron los Tiranos por tener noticia de su solicitud y cuidado en animar á los cristianos. Y centenares de veces se les escapó de entre las manos porque tenia ya conocimiento de la tierra, y no amanecia donde habia anochecido; hasta que al fin dió en ellas, y por ellas en las de Dios con gloriosa corona de Martir.

A las diligencias tan apretadas contra los ministros del Evangelio añadieron los de Satanás otra particular contra el santo varon Erquicia, como contra el principal estribo de aquella Iglesia, que derribándole, le parecia se caeria de su estado; y fué que in-

formados de algunos que le habian tratado de la diposicion de la persona y facciones de rostro, le hicieron pintar en su hábito de Japon como él andaba para que por este retrato fuera conocido y preso. Pero era tal la sagacidad del Padre que deslumbraba á los que con ojos mas que de lince le andaban buscando; para lo cual le ayudaba mucho la fidelidad de los cristianos con quien trataba, que le avisaban de todo. Dieron con uno de estos los tiranos, y sabiendo que él tenia noticias del Padre donde estaba, no pudiendo quebrantar su firmeza á fuerza de interés para que le descubriese, le quebrantaron á fuerza de tormento y vino á confesar donde estaba; fueron por él y prendiéronle sin resistencia y lleváronle á la cárcel.

Es tanta la crueldad que usan aquellos tiranos contra los Cristianos, y mas contra sus maestros y pastores, que cada dia inventan nuevos géneros de martirios con que acabarlos. Hasta ahora casi á todos los que han muerto ha sido, ó á hierro cortándoles las cabezas, ó asándoles vivos á fuego lento: mas ya les parece que son estas muertes piadosas, y así han inventado un género de muerte que solo oirle espanta. Arman una horca y debajo de ella hacen un hoyo de dos varas de hondo y una de boca, y cuelgan

al santo por los piés de ella, de manera que caiga en el hoyo la mitad del cuerpo hasta la cintura y por ella le ponen dos tablas abiertas las mitades á modo de cepo, que llenan toda la boca del hoyo, y así queda el cuerpo preso por medio: cargan luego las tablas con muchas piedras de manera que esté el cuerpo muy tirante y sin poderse bullir, y así le dejan hasta que echando sangre por boca, narices y orejas se vienen á desangrar, y mueren con terrible tormento, en que tardan unos mas, otros menos, y muertos los queman y echan las cenizas en la mar.

Esta fué la muerte que dieron á nuestro santo el P. Fray Domingo, muy estimado no solo entre los cristianos, sino aun de los mismos infieles, por la gran fama que tenia en Japon por su virtud, por sus muchas letras, aventajado entendimiento y noble trato, por lo cual pretendieron los jueces con aventajadas promesas hacerle de su parte, y así despues de haberle alabado mucho le ofrecieron diez mil taes de renta cada año (tiene cada tae diez reales) y la amistad del Emperador, si retrocediese; pero quien sabia que esto era perder la del Emperador del cielo y sus riquezas eternas poco hizo en menospreciar estas ofertas y cuantas podian hacerle: y así vista su constancia y que por

bienes de este género no podian vencerle, procuraron con tormentos terribles acabarle.

Sabado á 18 de Agosto de 1633, á medio dia le sacaron de la carcel para el lugar del martirio con otros, y el domingo siguiente á la tarde murió en él con los tormentos que se han dicho, llevando la palma de martir para reinar con Dios en las mansiones eternas. Seria de edad de 46 años, era hijo de hábito del convento de San Telmo de la ciudad de S. Sebastian, y natural de Regil en Guipúzcoa. Fueron martizados con él otro Hermano Japon de la misma Orden, el Padre Manuel Borjes y dos Hermanos Coadjutores de la Compañia de Jesus, habiendo durado todos tres en el tormento constantemente tres dias; además otros tres japones: fueron ocho los que con este género de martirio tan cruel fueron á gozar de Dios. A los japones muertos hicieron pedazos con sus cantanas y echaronlos en el fuego: á los cuerpos de los dos Padres enteros los echaron en él y los quemaron vivos el mismo dia. Además, á otros ocho japones quemaron vivos el mismo dia, con que los diez y seis que salieron de la cárcel á recibir el martirio, casi juntos fueron á recibir la Corona al Cielo.





VEN. PADRE JULIAN DE LIZARDI



El Venerable martir Padre Julian de Lizardi nació á 30 de Noviembre de 1696 en la villa de Asteasu, dotado de un genio docil, apacible, modesto, y como nacido para la virtud. Diéronle sus piadosos padres muy decente y cristiana educación: enviáronle al Colegio de Villagarcia á cultivar las letras, y hallándose bien adelantado en la retórica resolvió entrar en la Compañía de Jesus, donde fué admitido á 4 de Junio de 1713. Desde luego empezó á sobresalir entre los connovicios mas fervorosos; en todas las virtudes propias de un novicio resplandeció de tal manera que era el modelo de aquel noviciado. Hechos los votos del bienio pasó al colegio de Santiago á oír Artes: estudiaba lógica cuando llegaron de

América algunos Padres de la Compañía que venían á alistar nuevos sujetos para aquellos vastísimos países. Pocos estímulos necesitaba el P. Julian, que deseaba con ansia pasar á las Indias y emplearse en la conversión de la gentilidad; con que hallando la puerta abierta para lograr sus deseos consiguió que le destinaran para la misión del Paraguay. Se embarcaron en Cadiz á 5 de Abril y arribaron á Buenos-Aires por Julio de 1717: partióse el P. Julian de Lizardi con los demás estudiantes á proseguir los estudios en el colegio de Cordoba, donde con su singular ejemplo edificó toda la comunidad; pues era en extremo observante de la disciplina religiosa, muy amigo de la mortificación y de toda aspereza y penitencia, y así se disciplinaba á menudo y algunos días dos veces; llevaba un áspero cilicio que le cubría desde la cintura á los pechos, y aun inventó otros su rigor implacable para con su cuerpo. Todas sus virtudes recibían vigor y lozanía y crecían con el riego de la oración y trato familiar con nuestro Señor, y para poderle gozar mas tiempo se levantaba dos horas antes que la comunidad y se acostaba una hora mas tarde.

Se ordenó de presbítero el año de 1721 y desde aquella hora se esmeró mucho mas

en ir adelantando en virtud, como habia subido en dignidad. Apesar de sus deseos de la predicación y el martirio fué destinado á enseñar gramática en el colegio de Buenos-Aires, y desempeñó este oficio con la exactitud que solia cuanto ponía á su cuidado la obediencia: con el mismo teson se ocupaba en los demás ministerios y en el de predicar se ejercitaba con mucho espíritu, predicando siempre al alma con razones solidas, aprendidas mas en su larga oración, que en los libros. Volvió á Cordoba á tener la tercera probación; y á los seis meses, viendo los superiores su extraordinaria vocación á las misiones de Indios, le mandaron á las del Paraguay, obediencia que aceptó gustosísimo por ver cumplidos los deseos que de Europa le habian llevado allá. Entró, pues, en el territorio de las misiones por enero de 1725, y á donde quiera que llegaba parecia á los misioneros ver un Angel, pues desde luego se dió á conocer por tal, y todos le deseaban por compañero. Aprendió ante todo la lengua de aquel país y empezó á confesar y predicar y enseñar la doctrina á los niños, ganándose la confianza de los Indios que acudían á el como á padre amoroso en todas sus necesidades.

Llamado de nuevo á Buenos-Aires per-



maneció un año con el cargo de ministro del Colegio, no dejando por eso de acudir siempre que podia á ejercer con los prójimos los ministerios, cargándose de tantas otras ocupaciones que hubieran sido suficientes para varios bien ocupados. Si bien con frecuencia volvia los ojos á los Indios, como tan pobres y necesitados, y rogaba al Señor con ardientes suspiros le concediera la gracia de emplear y acabar su vida entre ellos; añadiendo á las súplicas las penitencias, y voto espreso de aplicar al bien de los mismos la satisfaccion de todas sus obras. Oyó por fin el Señor los ruegos de su fiel siervo, y de allí á poco se ofreció una empresa árdua y arriesgada, cual era la conversion de los Chiriguanos, nacion numerosa de salvajes fornidos y belicosos, que defendieron siempre su libertad contra las armas españolas, y se estendia desde cerca de la villa de Tarija hasta Santa Cruz de la Sierra, y muy dentro del Chaco, de cuyas regiones eran terror, porque las asolaban ó reducian á muchos á miserable esclavitud. Destinado pues el P. Lizardi á tan difícil mision abrazó la ejecucion de empresa tan arriesgada con el ardor y gusto con que tanto antes la habia pretendido, por morir en la gloriosa demanda, como lo dijo al Gobernador de Bue-

nos-Aires, que le apreciaba sobremanera y se quejaba de él porque dejaba la ciudad y preferia ir á meterse con riesgo de la vida en medio de los bárbaros. El Padre Lizardi le contestò: *Señor, los hijos de obediencia no tenemos á nuestro arbitrio la eleccion de ocupaciones y lugares, y vamos gustosos á donde nos mandan; pero fuera de este motivo, aseguro á Vuesencia, que el que me lleva lleno de gozo á esta jornada es la cierta persuasion de que voy á morir por Cristo:* palabras que le enternecieron y sumamente le edificaron.

Salió, pues, muy alegre de Buenos-Aires en calidad de superior de otros cuatro padres compañeros suyos, y empezaron bien presto los trabajos; porque al atravesar el golfo que se forma en la confluencia del rio Uruguay y el Paraná, se volvió la debil barca en que iba el P. Lizardi, y allí se hubiera ahogado si no hubieran acudido al punto los remeros á sacarle de debajo del agua, no á tierra por estar muy distante, sino encima de la barca volcada, donde estuvieron doce horas él y los hombres mojados, hechos juguete de los vientos y de las olas. Hasta que por fin pudieron llegar á la otra banda del Uruguay, y sin desanimarse un punto por este incidente, siguieron su viaje con igual





espíritu y regocijo en todo el dilatado camino que media para llegar á los Chiriguanos, que son mas de seiscientas leguas, no cesando de rogar á Dios por la conversion de aquella gente feroz. Llegaron con hartos trabajos á la Reduccion del Santo Angel de la guarda, y al P. Lizardi le confiaron el cuidado de aquella reduccion que tuvo á su cargo mas de cuatro años, y donde hizo la profesion solemne en 1730. Se propuso ante todo atender á su aprovechamiento espiritual, y en segundo lugar al de los prójimos en lo espiritual y temporal; así es que fuera de aquellos infelices á ninguna cosa criada se conocia que tuviese aficion; y parece casi increíble el celo de este varon apostólico para con aquella gente: vez hubo en invierno que por llevar á uno los Sacramentos anduvo cincuenta leguas. Si algun escándalo llegaba á su noticia, no descansaba hasta haberle atajado, concurriendo con él el cielo de su parte, dando á sus palabras eficacia, á su celo triunfos. A costa de fatigas y afañes procuraba que no careciesen de lo necesario á la vida, y además iba delante de ellos en toda estacion y en todos sus trabajos: á cualquiera que viese necesitado le daba lo que habia en casa hasta quitarse el bocado de la boca, y cuando enfermaban,

despues del cuidado del alma, los curaba por sus propias manos, sin mostrar asco de llagas ó inmundicias. Con tan hermosa caridad le iba Dios disponiendo para la corona del martirio, que no estaba ya lejos; y la palestra fue la region de los chiriguanos, cuya perfidia puso término á sus deseos.

Creuyendo que ya era tiempo de empezar en la conversion de aquella gente, llegaron á Tarija los misioneros, y aunque al principio habia buenas esperanzas, se atravesaron tantas dificultades que hubo que esperar para allanarlas. Una muy principal era el temor que se tenia de aquellos bárbaros y de su incostancia, y entonces mas, porque no habiendo cesado la guerra que se les hacia por la parte de Santa Cruz, se recelaba que por venganza se desquitarian en los Padres de aquellos daños; estos temores, aunque tan fundados, procuraban desvanecer los misioneros diciendo que algo se habia de aventurar, puesta en Dios la confianza, y que no era suficiente motivo aquel de retardar la entrada, pues con este conocimiento se habian ellos ofrecido á empresa tan util, sin reparar en los trabajos y peligros inseparables de tan glorioso apostolado. *Qué fuera del mundo* añadía el P. Lizardi, *si por temor de semejantes riesgos, hubieran*



los apóstoles dejado la predicacion del santo Evangelio? Todavía gimiera sepultado en las tinieblas de la gentilidad, y no gozárámos los cristianos la dicha de ser hijos de Dios con la noticia y cumplimento de su ley santísima. Bien sabia Cristo N. S. cuanto habian de padecer sus amados apóstoles, hasta sufrir tormentos y perder la vida por anunciar la fe, y no obstante los envió como corderos mansos entre lobos carniceros! Mas con cuanto bien de las almas, gloria del Redentor y dicha de los mismos apóstoles?

Algo se consiguió con esto, pues á lo menos al cabo de algunos meses, se logró que los Padres Lizardi y Pons con algunos capitanes españoles fuesen al valle de las Salinas al ajuste de las paces, si bien no consiguieron que se acercasen á formar reduccion de vecinos. Con todo eso aprovecharon la ocasion los dos Padres y entrando por la tierra, fueron entonces bien recibidos de los chiriguanos; mas no vinieron estos en hacer las paces, ni en agregarse á empezar reduccion en algun valle donde se les enseñase la ley cristiana, aunque de Cayambuqui salió el cacique, y con su familia se agregó á la que se iba á fundar en el mismo valle de las Salinas con trasladar allá los chiriguanos convertidos, que ya mo-

raban en la hacienda de la Concepcion. Lleváronlos á un sitio llamado santa Ana; era este un campo sin techos ni otro abrigo, donde la genté sufría todas las inclemencias de las estaciones, falto de comestibles y de lo necesario para la vida; pero los Padres de su pobreza se quitaban lo que podian y lo daban á los neófitos, temiendo de que huiesen acobardados de la dura necesidad, y no viniese á efecto la reduccion, única manera de irlos trayendo á costumbres humanas y vida sociable.

Mientras que se iban construyendo las habitaciones para los indios, emprendió el P. Pons una escursion á Parapiti, situado en el centro de la cordillera, en compañía de un convertido que habia dejado allí su mujer, hijos y vasallos, y queria que abrazasen como él la ley de Cristo; y al mismo tiempo para explorar el terreno y ver si con la autoridad de su compañero que era mucha, ya que no se quisiesen reducir, se abstuviesen de cometer hostilidades y desacatos en adelante. Pero por mas que hizo, fué sin efecto, y corrió la voz de que los Chiriguanos le habian quitado la vida, cuya noticia alarmó á los neófitos y puso la reduccion á punto de deshacerse. Entonces el P. Lizardi sin mirar á los peligros y fatigas que se dejan

entender, se determinó á ir solo en busca de su compañero á aquella region no esplorada, inhospitalaria, fragosa en extremo, muy fria en invierno, muy ardiente en verano, y llena de fieras, culebras y mosquitos intolerables. Halló finalmente haber sido falso el rumor esparcido, y los dos compañeros sanos y salvos se volvieron á la reduccion: y aunque de nuevo hicieron otra correría, fué con muy poco fruto, y tuvieron que contentarse con lo que trabajaban en la Concepcion, hacer barracas á los neófitos, levantar la fábrica de la iglesia, instruir y sobrellevar las impertinencias de aquella pobre gente, y desvanecer sus no infundados temores, pues bien sabian, que por haber abrazado la fé, estaban los chiriguanos indignados contra ellos y dispuestos á cualquier asalto, y sobre todo era grande la ojeriza con que miraban á los misioneros, y decian haber jurado darles la muerte si volvian á poner los piés en la cordillera. Era ya el año de 1735 y el P. Lizardi con su caridad y celo de siempre procuraba que la nueva cristiandad no solo no descaeciese de la buena vida entablada, sino que fuese adelante; y Dios echaba su bendicion, pues diariamente asistía todo el pueblo á misa, rosario, esplicacion de la doctrina y otros actos de Religion, y apenas rayaba

el alba, ya estaba en la iglesia adorando al Señor y á la Virgen en su milagrosa imagen de la Concepcion inmaculada. Con el mismo teson acudia con ellos á todo lo demás necesario á la manutencion y fundacion del pueblo, como á cavar la tierra, cortar la madera y cargar los materiales, cual infimo peon; humildad hermosa y eficaz, de que los neófitos tomaban ejemplo, sacudiendo su natural pereza y animándose á trabajar.

Levantábase á media noche por lo comun, ibase á la iglesia y hasta el amanecer empleaba las horas en oracion, rezo y devociones: hizo por este tiempo confesion general, como previendo que habia de ser la última, y aseguró su confesor que no habia perdido la gracia bautismal y que apenas habia hallado en su conciencia angelical materia de absolucion. Tuvo prenuncio ó aviso del martirio cercano, como claramente lo significó á su compañero el P. Jimenez.

Llegado en fin el dia 16 de Mayo se levantó á la hora que djimos, y con estraordinario fervor se preparó á celebrar el sacrificio de la misa. Algunos dias antes se habia tenido aviso de que los Chiriguanos del partido de Ingre hablaban de invadir la Concepcion, mas el P. Lizardi no lo creyó pensando sería como tantos otros que habian corrido sin



fundamento; mas los bárbaros del Valle de Ingre se iban acercando, capitaneados por un Cacique, y observando que los neófitos estaban muy ajenos de su venida, ejecutaron el asalto al punto que el P. Lizardi estaba diciendo las palabras de la consagracion para alzar el caliz, y allí casi todo el pueblo; entraron en la iglesia, siguieron furiosos hasta el altar, y cogiendo al sacerdote de Dios con gran irreverencia le despojaron de los ornamentos sagrados, le rasgaron la sotana y le maniataron. Prendieron tambien otras veintin personas, profanaron la iglesia, imágenes y vasos sagrados, rompieron el ara, derribaron el altar, hicieron pedazos una pintura de nuestra Señora, y la de talla de la purísima Concepcion la asaetearon en medio de la plaza, le cortaron la cabeza y manos y la destrozaron. Siguió el saqueo de la casa y por último pusieron fuego al templo y casas del pueblo reduciéndolo todo á cenizas. Ufanos de la hazaña volvieron con la presa del Padre maniatado, y á la distancia de una legua de la reduccion destruida, le sentaron sobre una piedra; cruzó los brazos el Sievo de Dios, y esperó inmóvil la lluvia de flechas que le dispararon los criminales, de las cuales se le hallaron despues treinta y dos heridas y una en el corazon, abierto

para que desatada su alma pura de las prisiones del cuerpo, volase á tomar posesion de la palma de gloria, merecida por sus heroicas virtudes. Sucedió su martirio el dia 17 de Mayo de 1735 á los treinta y ocho años y medio de edad y veinte y dos de Compañía.

